

POEMAS DESDE EL LAGO

POEMS FROM THE LAKE

Nora Nani

1.
La frontera
es ese espejo
donde se mira mi sombra.
2.
Ya no tengo manos.
Al borde del silencio
mudé la tristeza
como una culebra ciega.
3.
Y si el instinto quiere
se me caerán las distancias
hasta encontrar
el perfil de mi nombre
en la bruma.
4.
Un otoño me dará las hojas.
Yo le daré mis cartas viejas.
Mis fotos.
Mi lujo, mi brillo,
mis sentencias.
5.
Desnuda iré al invierno
llena de aves y de plumas.
Se me caerá la piel
al borde del camino.
6.
Cada éxodo
es una vigilia que retrocede.
Partir
es quemarse las manos
y andar de rodillas
todos los incendios del mundo.
No me digas nada.
Detrás del horizonte
se me han quemado los pañuelos
y rondará mi sombra
sola
su sola danza
y su espera.
Danza de lobos
en manada triste...
Pero soy el cazador.
El que apunta
con la flecha y aminora
el llanto de la presa.
Pero soy la presa.
Y lloro y me escondo.
Mi otro yo
encuentra la noche
que perdí
en emboscadas y desgarros.
Huyo y persigo.

Me busco. Me danzo.
 Me encuentro.
 Me devoro.
 En el soplo de mis huesos
 mi propia flauta
 está llamando.
 Y regreso.
 7.
 Mandamientos.
 Mandatos.
 Tropezones de la sangre redonda
 que siempre vuelve
 a los inicios.
 No sé cómo llamarla.
 Con qué voces pedirle
 reparos de orfandad
 o deslustre de simientes.
 Ay, gira y se desdice,
 ronda, redonda,
 la ronda de mi sangre
 que ya no sabe sangrar
 y se desangra
 en voces
 de otra sombra...
 Reparo que ya no cubre.
 Mañana que no nace.
 Noche que no llueve
 pero llora a gritos
 como tormenta que deshilacha
 su furia
 y atropella ángeles
 en avería de estrellas.
 8.
 Las entelequias del sonido
 se programan con la lluvia.
 Dinteles del trigal
 en la pajiza vibración
 del aire.
 Rumor a cuerdas
 ocurriendo
 como gotas que caen
 sobre su propio éxtasis.
 Desando la melancolía.
 No es la lluvia.
 Es mi sangre.
 Y es espesa,
 acortinada,
 con un goteo de siglos
 en su amplia congoja.
 Melaza del viento
 que destina su canto
 a los funerales de enero.
 Pero no es enero.

No hay trigales.
 Ni siquiera llueve.
 Otra vez
 la tristeza
 me burla los tiempos.
 Es ahora
 y son todos los ahoras.
 Ya es ahora.
 Y enero es ahora.
 Y la lluvia.
 Y mi sangre que grita
 su distancia y su fango,
 oscura y transparente,
 como una criatura
 perversa
 que llueve en mi alma.
 9.
 Se me ha deshecho de pañuelos
 la alborada.
 Por el adiós salpiqué de piedras
 el camino
 y fui buscando
 mi cruz en el agua.
 Perdí la sombra
 en un dintel de lluvia.
 Me siguieron perros desolados
 con lenguas de azúcar
 y un olor a pobreza
 en la percusión de sus pasos...
 Bestias temblorosas
 como los sueños
 soñados por un niño
 que jamás va a crecer
 y que promete definir en viento
 su estatura...
 Yo puse las manos adentro del agua,
 pero la lluvia era el adentro
 y el afuera,
 un desconcierto de perros y de niños,
 un azul desolado
 que no sabía qué hacer con mi sombra
 y sus tropelías de cielo.
 Después me volví hacia la noche
 y era más clara sobre el pasto,
 casi como el eco de tus pasos
 que un día derramaron
 el adiós por los tréboles
 e hicieron un viento manso
 con mis ojos que te seguían
 como niño
 como perro
 como lamento de estrella
 tan lejos y tan sola.

Pero me brillan las manos
 en la noche.
 No es mentira la eternidad
 si te sigue mi sombra
 en la lluvia.
 10.
 La soledad
 arrienda catamaranes.
 Navega la porfía
 a contramano del viento.
 Como un verdugo
 implacable y tierno
 el lago me pone sus tiempos
 al compás de la sangre.
 Y soy alfarera del sonido
 que repica entre las piedras
 su cansado soliloquio.
 Soy ancestro y soy canción.
 Una máscara
 que inunda los llamados
 de una casa por siempre sepulta
 y presente
 en su arquitectura de espanto.
 Me llama el lago.
 Desde el fondo del lago
 me llaman otras voces
 y es un patio que juega
 su silente bonanza
 y su desaparecida estrella.
 A veces vuelvo
 ceñida de algas
 con viejos caracoles en el pecho.
 A veces voy
 tan pueblerina y desmañada
 a empaparme
 en su ademán de pozo definido.
 Hay un antes y un después,
 una desprevenida audacia
 que deslinda tempestades.
 Y mi sangre sola
 es un pez
 que reparte sus temblores.
 11.
 Cada vez mas lejos.
 Quizás ni sangre tenga ahora. Cada vez más adentro
 y quieta.
 La bestia
 que nombró mis vísceras
 se hartó
 de tanta paz desmontada...
 Pero mutó,
 mutó en ave para cielo
 en grillo para canto

en caballo para el sueño...
 No hubo cielo
 y el ave olvidó su voz.
 No hubo canto
 y el grillo olvidó su cielo.
 No hubo sueño
 y el potro desbarrancó las esperanzas
 y se fue en alaridos,
 huyó de mis sentencias
 y del rumbo que pacía sobre el pasto
 en todos los solsticios.
 El verde se quedó un tiempo más.
 Ya habían desaparecido los rojos,
 los azules y los amarillos.
 Ocres nunca hubo. Negros tampoco.
 Ningún otro.
 Pero el verde tiene el coraje de la vida
 y se quedó en desafío
 para que no me muriera.
 Y cuando ya estaba de arbolito,
 de madera tierna y hojita verde,
 una gran hoguera
 antigua, desesperada,
 sacó sus dientes del derramo de mi carne
 y mi cuerpo fue el receptáculo del alma:
 carbón de piedra,
 estrella apagada cada vez más hondo,
 corazón que se asfixia
 en su roca decisiva.
 12.
 Quiero que guardes este collar...
 Son abalorios de musgo
 que desgrano
 para cuidar tu sombra.
 Traen el vértigo de mi sangre
 en un estuche rojo
 y lo he puesto a sanación
 bajo la luna
 todas las veces
 que el tiempo marcó simetrías
 en la huella de los astros.
 Déjame ser el aire
 que nodrice tus sueños.
 Con hojitas de ruda
 y corazón de mburucuyá
 te haré un sahumero
 que difunda en tu piel
 los rastros de la noche.
 Brillarás de perfil
 como un relámpago
 o el latido de una estrella.
 Y no estarás.
 Y no serás más que la luz

que te viste...
 Ese desconocido que pasa...
 El extranjero
 en la casa de mis días.
 13.
 En esto quiero quedarme.
 ¿Cuánto cuesta
 el hilo de un ave
 que decapita asfaltos en el aire?
 Bucólica de mí
 me tomó la mañana
 sin café, ni mate siquiera...
 Una buena tunda
 de almohadas
 para mis sueños...
 ¿Y cómo llegué aquí?
 Si venía por el ocio del verde,
 terrón y bestia
 arracimada junto al tiempo...
 Sojuzgo la esperanza.
 Le hincó púas en las manos,
 le crucifico las piernas
 para que no se vaya.
 Pero no me iré.
 Ya estoy sucia de caminos
 y soy la ramera que usa
 el viento
 para pedirle cancha
 a la soledad.
 Así nomás.
 Mientras pueda.
 14.
 Hay lugares
 donde abunda mi rama soledosa.
 Tengo una historia
 con barcos que silencian
 su aventura
 en cormoranes de ira,
 una mansedumbre
 atrofiada por los vientos
 y una esquina
 minuciosa y perversa
 quebrándome el alma.
 No sé si antes o después.
 Un altillo mutilado de luna
 le calzó
 los vestigios al verano
 y mi árbol
 sueña desde la sombra
 su pajaral en celo.
 15.
 Después de arrojar
 su anciano al agua,
 volvió a trepar por la vertiente,
 se lavó los ojos

con la luz de los peces
 y alzó piedras,
 piedras blancas,
 piedras del indio
 bellísimas y quebradizas,
 musicales y mortíferas.
 Alzó piedras.
 Su anciano más lejano
 pasaba flotando
 y constreñía rocas en la orilla.
 Y ella bailaba con las nubes
 y lloraba sin agua como el lago,
 pero las piedras blancas
 eran un porfío de historia rota.
 -¡Ya no sirven!-
 gritaba el anciano.
 Ella miraba el cielo
 (¿sería el de entonces?)
 y tornaba a las rocas
 sucia y deshilada...
 No la vieron volver
 las crecientes del verano.
 (Fragmento del libro inédito POEMAS DESDE EL LAGO –2006-)